

# Pepe Benito, apunte a mano alzada

Juan Soto



Apenas cinco meses antes de perder su escaño, Alfonso Rodríguez Castelao, diputado galleguista por Pontevedra, interviene en el Congreso para exponer lo que él mismo llama “un memorial de agravios” infligido a Galicia. Está la intervención en el Diario de Sesiones y quien se tome la molestia de leerla ha de coincidir con nosotros en que, en aquella jornada parlamentaria del 23 de mayo de 1933, Castelao no cumplió su promesa. *Ya hablaremos de ese señor y también de Pepe Benito*, anunció en respuesta a una interrupción de Gerardo Abad Conde, coruñés de Ordes, diputado radical, ministro de Marina y víctima del Frente Popular, que lo asesinó en

el turbulento Madrid de noviembre de 1936. *Ese señor* era Viturro, don Manuel Viturro Posse, el cacique de Rianxo. En cuanto a *Pepe Benito*, así nombrado en la tribuna, es don José Benito Pardo Rodríguez, el famoso cacique de Lugo, “alma de fina jalea / y corazón de membrillo”, en el responso lorquiano que le dedica un inmoderado militante del Partido Republicano Radical Socialista y joven escritor lucense llamado Ángel Fole Sánchez, luego Ánxel Fole.

En aquella ocasión, decíamos, Castelao no habló de Viturro ni de Pepe Benito. Lástima, porque había conocido a los dos. Al primero, mucho, como nos enseña José Antonio

Durán y saben quienes hayan rastreado la colección de *El barbero municipal*. Y al segundo, bastante: porque hubos años que en Galicia el conocimiento de Pepe Benito era materia de cultura general y, además, porque algo le habría contado don Ramón Cabanillas, que visitó al cacique en su casa de la Ruanova y salió de la visita seriamente afectado del síndrome de Estocolmo, es decir, tocado de franca simpatía hacia un personaje dotado de gran atractivo personal, inteligente como pocos, astuto como casi nadie y humano, profundamente humano. Don Ramón quería escribir un libro sobre los grandes caciques gallegos, propósito que no llegó a cumplir. La aportación del hábil

muñidor era imprescindible: de ahí la visita. En cuanto a la buena química establecida entre ambos, no era novedad al caso: fueron frecuentes las fobias hacia Pepe Benito que acabaron en filias. Al respecto, obra en el archivo de la mayor de sus nietas, Amparo Magadán Pardo, una carta de Basilio Álvarez, el fogoso y pintoresco cura de Beiro, sonrojantemente reveladora.

José Benito Pardo Rodríguez había nacido en 1867 en la casona familiar (no tanto como pazo, pese a su capilla aneja) de Balmonte (Castro de Rey). Fueron sus padres José Benito Pardo Balmonte y Villedor, vinculado a algunas de las más distinguidas familias gallegas, y su esposa, María Rodríguez Rodríguez, de cuna labriega de mediano pasar. El abuelo paterno de Pepe Benito se llamaba Francisco Javier Pardo Balmonte y Quiroga, emparentado con la poderosa y añeja saga de los Quiroga, relación que determinará en no poca medida la deriva política del personaje a quien dedicamos estas líneas.

Pepe Benito estudió el bachillerato en el antiguo colegio de la Compañía, en Monforte de Lemos, bajo la férula de los escolapios. Fue un alumno sobresaliente y disciplinado, características ambas que mantendrá durante toda la carrera de Derecho, cursada en Santiago de Compostela. Pese a no ser rigurosamente condiscípulos, aquí trabará amistad con quien

ha de ser su cuñado, Carlos Pardo Pallín, y con Alejandro Pérez Lugín, el autor de *La Casa de la Troya*. En 1897 y tras algunos titubeos acerca de su encauzamiento profesional (no descarta la posibilidad de opositar a notarías), Pepe Benito cubre el alta como abogado en el Ilustre Colegio de Lugo, del que ha de ser decano durante veintidós años ininterrumpidos: de 1917 hasta el mismo momento de su muerte, en octubre de 1939. Cobrará enseguida fama de brillante civilista y su despacho no tardará en acreditarse entre los primeros de Galicia en esa especialidad. Antes de independizarse, su padre, también abogado, lo ha curtido a su lado en espíritu de sacrificio y capacidad de trabajo. “Los asuntos hay estudiarlos. Un abogado que no estudia nunca podrá ganar un pleito, aunque a su cliente le asista la razón”, reflexionará una vez en carta a su amigo Luis Recaséns Siches, el catedrático de Filosofía del Derecho e introductor de Kelsen en España\*.

La propensión hacia la política no le vino a Pepe Benito de su padre, sino que estuvo determinada por la influencia familiar de Pegerto Pardo Balmonte, de larga trayectoria política iniciada en 1881, cuando por primera vez sale elegido diputado por Fonsagrada, distrito por el que volverá a obtener acta en otras cuatro legislaturas. Luego saldrá senador por Lugo, ininterrumpidamente desde 1899 a 1923, siempre con el

Partido Liberal, filiación que, sin embargo, no impedirá sus buenas relaciones con el conde de Pallares, líder de los conservadores lucenses. Don Pegerto, de indeclinable lealtad a don Benigno Quiroga Ballesteros, desempeñó una actividad muy importante (y no muy conocida, por cierto) en defensa de los intereses de Galicia. Quiroga Ballesteros fallece el 3 de marzo de 1908; el día 22, Moret, a indicación de Pardo Balmonte, confía a Pepe Benito la presidencia del comité provincial del Partido Liberal. Pronto se harán oír opiniones en contra. *El Progreso*, que sale el 17 de agosto de ese año, patrocina a Montero Villegas para jefe de los liberales lucenses. *El Regional*, por el contrario, se muestra más pepebenitista que monterista. Por entonces, Pepe Benito ya es un personaje de enorme peso político en la provincia. En 1899 accedió por primera vez a la presidencia de la Diputación, cargo al que irá y volverá, con más o menos largas soluciones de continuidad, en otros cuatro ciclos: el más prolongado, el que se extiende desde mayo de 1917 a enero de 1924; el último, el que abarca de marzo de 1930 a 1931, cuando ya sus influencias se baten en retirada. Las realizaciones de Pepe Benito al frente de la institución provincial merecerían un estudio detallado. Algunas siguen todavía vigentes, así la puesta en marcha de la granja provincial, empeño en el

\* Luis Recaséns Siches, catedrático de Filosofía del Derecho primero en Santiago de Compostela y luego en la Universidad Central de Madrid, fue diputado en las Cortes Constituyentes de la República y en las de 1933. Desempeñó el cargo, entre otros, de director general de Administración Local. Al término de la Guerra Civil se exilió a México, donde falleció en 1977. De la intensa relación amistosa y política que mantuvo con Pepe Benito nos gustaría ocuparnos algún día, si Dios nos da salud para ello.

que no le faltó el concurso de Rof Codina.

Desengañado de los liberales lucenses, incomprendido a veces, ingratamente correspondido otras, Pepe Benito trasladará a Ramón Bustelo, su amigo y homólogo en Ribadeo, la confianza de que “la política la hace uno, con honradez y nada más”. En efecto, su individualismo no facilitaba su dócil sometimiento a las disciplinas orgánicas. Y desde su despacho de la Ruanova se basta para irradiar su extraordinaria capacidad muñidora, diestramente utilizada para nombrar gobernadores políticos, alcaldes, peones camineros y hasta curas párrocos, pero inoperante para menesteres prácticos de otra naturaleza: con el ejercicio de la política, el cacique Pepe Benito no sólo no salió rico sino que estuvo a punto de salir pobre.

Desde finales de 1923 -efectos de la Dictadura de Primo de Rivera-, la abolición *oficial* de toda actividad política por parte del Directorio Militar reintegra plenamente a su despacho profesional al abogado. Atendido por él con dedicación plena, el bufete vuelve a sus tiempos gloriosos. Los

servicios jurídicos de Pepe Benito son solicitados desde toda Galicia por clientes sabedores de su destreza como civilista. Pero no hay nada que pueda jubilar a un político de raza. Y Pepe Benito lo era. En circunstancia y tiempo que ya no son los suyos, espera que escampe. Por fin, la República. Recibe al nuevo régimen con todos los recelos del mundo. Desde el principio adopta una posición conservadora y sólo admite comprometerse con la CEDA. Azaña intenta atraerlo a su Izquierda Republicana: no. A través de Recaséns Siches, Gabriel Maura, conde de la Mortera, le solicita una entrevista para darle a conocer la Derecha Liberal Republicana: tampoco. Falange: le queda muy lejos. Su última batida electoral la hace por el mayor de sus hijos, José Benito Pardo y Pardo, al que incrusta en la candidatura cedista de febrero de 1936: lo hace diputado con 87.401 votos. Por su cuenta corren casi todos los gastos de campaña, incluidas las minutas de los notarios requeridos para levantar actas de incidentes. Cuando estalla la guerra, se mantiene en un segundo plano. Los militares no olvidan que, desde 1922, está en posesión de la Gran

Cruz al Mérito Militar, concedida por Alfonso XIII. De buena gana, algunos jóvenes falangistas le darían un susto. Pero hay entre ellos quienes le están agradecido; por ejemplo, José Viador, a quien en su día aconsejó desinteresadamente en un pleito de cierta importancia. Además, para cubrirse las espaldas, contribuye a las suscripciones patrióticas, a veces, eso, sí, requerido para ello y por escrito por el gobernador civil de la nueva situación, Ramón Bermúdez de Castro, coronel de Caballería.

El 12 de octubre de 1939 muere en su casa de Balmonte, en cuya capilla recibe sepultura. El duelo oficial está encabezado por el general Tella, gobernador militar de la plaza y provincia. La noticia de su muerte se despacha con una nota necrológica de medio luto. En otros tiempos, el fallecimiento de la mayor de sus hijas había merecido alarde funeral de portada, con relación nominal de autoridades, jerarquías y representaciones asistentes al sepelio: ya hemos dicho que eran otros tiempos. *Sic transit gloria mundi*. “Don José Benito Pardo / ya no es don Pepe Benito”, romanceaba Fole.

